

VIAJE A RUMANIA DEL SPCN. 2011

A principios de verano, del ocho al veinte de julio, viajé a Rumania con el SPCC (Seminari Permanent de Ciències Naturals). Hace muchos años que, siempre que puedo, me sumo a sus expediciones por el planeta.

El programa de estudios para Rumania contentaba a geólogos y a biólogos porque íbamos a hacer felices a los primeros recorriendo los Cárpatos y a los segundos contemplando la flora y la fauna del delta del Danubio. Para mi sorpresa en el contenido figuraban muchos temas de cultura general y de arte. ¡Albricias! Pensé, esta vez no serán solo piedras, plantas y bichos. Y así fue.

Aprendí mucho, como siempre que viajo con ellos. Hablo en plural porque me refiero a los miembros del SPCN. Son todos encantadores y con ellos he forjado entrañables lazos de amistad. Cada uno por separado tiene una gracia o don especial. Por ejemplo: Núria Prat es una gran organizadora, Mercè Sallés vela por todos, Teresa Correig soluciona en silencio y con elegancia todo lo solucionable, Joaquim Nogués, su marido, nos regala siempre sus conocimientos y su sentido del humor, Neus Llobera enaltece el grupo con su dignísima madurez, Manolo -cuando viene, que esta vez no vino- resume hábilmente los viajes en ricas rimas, Carmina contagia su amor por las florecillas del campo, Servando igual hace de presidente que de bufón inteligente, Núria y Ramón nos dan ejemplo de saber ser y estar, Edurne colecciona impactos visuales irrepetibles, Núria canta como los ángeles,

Caterina lo traduce todo... y así hasta más de cuarenta. Los quiero a todos.

¡Ah! Además de los miembros del SPCN formaban parte del grupo Dorin, el chófer, Sandro, el profesor con perfil de emperador romano responsable del viaje en ruta, Eli, la discretísima guía rumana, y un señor estirado que resultó ser el representante de la agencia de viajes pero que también era geólogo.

El viaje a Rumania supuso muchas horas de autobús -que si unos Cárpatos, que si otros, que si una mina por aquí, que si otra por allá, que si Moldavia, que si los monasterios de Bucovina y varios más, que si el encuentro del Danubio con el mar Negro... Así hasta los trece días y doce noches comprendidos entre el ocho y el veinte de julio.

Os ofrezco un ramillete de anécdotas como recuerdo escrito.

FLORECILLAS RECOLECTADAS EN RUMANIA

- Con el SPCN te puedes encontrar con momentos de tensión rotos por hechos inesperados como éste: el grupo, sudoroso, a la vera de un pequeño río; llevan una hora extendiendo un mapa sobre otro en los guijarros de la orilla y escuchando largas y retorcidas explicaciones en inglés: que si el Tetis, que si los sedimentos, que si la presión de las placas... De repente, la joven profesora da un salto, se mete en el río con botas y todo, lo atraviesa y, blandiendo fieramente un martillo, empieza a romper piedras. Vuelve triunfal con una en la mano y todos la huelen. Me sorprende tanto que me levanto –estaba sentada en una roca refrescándome los pies en el agua- y me pongo en la cola para oler y también: huele a fondo descompuesto de mares profundos. Increíble.
- Hemos ido a visitar el Parcul Natural Apuseni y la dolina de hielo de Scarisoara. Es noche cerrada, muy tarde, y probablemente hoy no cenaremos. El conductor del autocar va cansado pero no pierde el control cuando de la oscuridad surge un obstáculo, justo delante del autobús: es un carro, luego otro y luego más. No entendemos qué hacen tantos carros, de noche, sin luces, en la carretera arriesgándose a un más que probable accidente. Vamos de sobresalto en sobresalto. Alguien lo explica: son familias rom –romaníes, gitanos de Rumania- que

se trasladan por la noche para evitar los controles de policía. Por fin, a medianoche, llegamos al hotel y sí, la cocina estaba cerrada pero encontramos un ligero refrigerio en cada habitación. Final feliz.

- Estábamos en Piatra-Neamt. El grupo visitaba el Museo de Geología mientras que Jaume Pinyol –también historiador- y yo nos habíamos ido a otro museo, el de la Cultura Cucuteni que, por cierto, nos sorprendió por sus más de seis mil años de antigüedad. Llegamos al autocar mucho antes que el resto. Jaume entró en un banco a cambiar y yo me quedé con Dorin, sentados ambos en la entrada de un hotel cuyo porche de entrada daba algo de sombra y dejaba pasar el aire. El día era caluroso y el sol nos aplanaba derrochando grados –varios días sobrepasamos los cuarenta- por lo que la gente vestía con ropa ligera. En éstas, pasa por la calle una mujer joven, casi una muchacha. Sus formas curvas y turgentes quedaban subrayadas por la tela fina del vestido de muselina, estampado de florecillas rosas de aquellas tan ingenuas. Llevaba un generoso escote que permitía ver el arranque de dos pechos prominentes pero sin exceso; eran de piel sonrosada, tersos y muy redondos. La falda se movía airosa por el movimiento de la mujer al andar, por la ligereza del vestido y porque hacía un poco de aire. La imagen de una sensualidad arrolladora. Dorin quedó hipnotizado y yo lo comprendí. Al pasar por delante de nosotros, una lenta ráfaga de viento levantó la falda de la muchacha –como la famosa escena de Marilyn Monroe- dejándonos ver su cuerpo casi hasta la cintura. Fue un movimiento pausado y elegante que daba tiempo a contemplar la expresión al mismo tiempo agradecida y pudorosa de la mujer. Miré a Dorin, esperé a que volviera en sí y le dije: Ha sido un regalo. Como le adiviné el pensamiento, me lo agradeció pero, caballero y comedido, como todos los rumanos en materia moral, añadió sin poder disimular una sonrisa maliciosa: Ha sido un accidente.
- No se acaba aquí el tema de los carros. Vimos cientos de ellos. De forma y tamaño muy diversos, casi tanto como los pajares en el campo. Los carros llevaban heno fresco, seco, leña, maíz, forraje, troncos... o nada porque iban de vacío hacia el campo. Podían tener un caballo o dos y hasta cuatro, cada uno con sus colgajos rojos en la cara, cerca de las orejas, para espantar las moscas, supongo. Aunque lo más bonito eran los ocupantes. Había jóvenes parejas que aprovechaban el trayecto para festejar, abuelos orgullosos con el nieto pequeño al lado, mujeres solas, macizas y decididas con las riendas, chicos jóvenes de brazos tostados, hombres curtidos que nos miraban de soslayo... un mundo. Mucho carro y poco tractor en Rumania. Eso sí es ecologismo.
- En nuestra convivencia hay momentos realmente tiernos, como cuando un apuesto galán regaló un bouquet de flores a Neus Llobera. Su mérito, ser la más veterana y perseverante del grupo viajero y del SPCN. De mayores todos queremos ser como ella. O como la fiesta de los 55 años de pareja de Ramón y Núria: “La felicidad no es mirarse el uno al otro”, nos dijeron, “sino mirar los dos en la misma dirección”. O como la celebración de la Virgen del Carmen porque llevábamos cuatro. No vírgenes, Cármenes.
- El SPCN me da muchas, muchísimas satisfacciones, pero también enormes sorpresas. Nunca me los podría haber imaginado, por ejemplo,

en una iglesia, formando un bonito coro improvisado para rezar un padrenuestro alrededor de una monja y cantarle emocionados. Aunque tengo que admitir que, bajo la autoridad que emanaba la monja Tatiana, ¡cualquiera se resistía a obedecer! Aunque se sea más bien hereje, como yo. ¡Qué pedazo de mujer! ¡Pobre Dios! Porque cuando ella manda me temo que su omnipotencia queda en entredicho.

- Otra característica del SPCN es el estoicismo. Somos –debería decir son porque, con la excusa de que yo soy de Historia, a veces me escaqueo- el grupo más disciplinado que viaja sobre el planeta Tierra. Capaces de soportar cuarenta y tres grados a la sombra por visitar el Jardín Botánico de Bucarest o aguantar a pie derecho las explicaciones de la inefable Eli en la plaza medieval de Sighisoara. Nos llevó a odiar a la reina María.
- Edurne me regaló una imagen pasajera: “Mira, mira”, dijo señalando la ventanilla de la izquierda. Fugaz, la escena se prendió en mi retina y la memoria la guardó con placer: un campo de alfalfa, mitad segado mitad verde; una campesina, con delantal y un fajo de forraje al costado, avanza por el rastrojo con aire reposado; detrás suyo, acompañándola al mismo paso, una esbeltísima cigüeña la sigue mansamente. Ambas dos parecían conocerse bien porque se comportaban con absoluta normalidad, incluso familiaridad, diría yo.
- Incluso comprando souvenirs somos incansables. Si no me creéis, preguntad en la tiendecita del Museo de Geología que se quedó sin piedras o en el Museo del Campesino que acabó la existencia de sus bordados o en la Mina de Rosia Montana que agotó los libros... Somos una especie de termitas compulsivamente compradoras.
- Lo mejor de todo es que nunca perdemos el sentido del humor. En situaciones tensas siempre hay alguien que provoca una sonrisa, directamente la risa o la juerga general. Como aquel día en Bucarest, delante del hotel, encerrados en el bus aguantando un calor insufrible antes de partir. Fuera, se fundía el asfalto bajo el sol y los transeúntes caminaban despacio buscando la sombra mientras los helados se derretían en los escaparates. En el centro de la capital, alguna terraza ha instalado emisores de vapor de agua con –o sin- ventiladores que lo esparcen; al lado del hotel había uno, precisamente. Pasó un señor trajeado que, a punto de desfallecer por agudo golpe de calor, lo descubrió. Se abalanzó sobre el ventilador, con gesto de ahogo y desesperación extrema, aflojó el nudo de su corbata, se desabrochó algún que otro botón de la camisa y ofreció pecho y rostro al ventilador. El poco pelo que tenía le chorreaba y le caía desordenado sobre la frente, la corbata empezó a arrugarse y la camisa, mojada, traslucía su abundante vello negro. En breves segundos no quedó nada del impecable señor y en su lugar apareció un penosísimo pollo viejo mojado. Eso sí, sonriente y feliz. Desde el autobús, contemplábamos la escena guardando la compostura, sin reírnos, porque el señor en cuestión nos tenía delante y no era cuestión de causarle otro sofoco. Fue inútil el esfuerzo: una carcajada monumental hizo temblar el vehículo.
- ¡Ah! Estos del SPCN también me dan algún susto que otro. Imaginad la escena: sala de espera de un aeropuerto tercermundista, pequeño,

atestado de gente vociferante, desordenado, sucio, con pésimos servicios de megafonía, sin información visual y con policía sin idiomas y con malas pulgas. Es el de Bucarest. Estábamos esperando el aviso para embarcar pero faltaban casi tres cuartos de hora. Para entretenerme, entré en *duty free* para comprar un vino aún a sabiendas de que los vinos en Rumania no abundan en calidad o sea que elegir uno supone ardua tarea. Como en casa había prometido volver con un buen vino en la mano, me armé de paciencia y lo intenté; al fin y al cabo tenía cuarenta y cinco minutos pero no solo fracasé en el intento sino que, al salir de la tienda, me encontré, de repente, sola y abandonada porque el SPCN en pleno había desaparecido. La angustia me colapsó. Vamos, Isa, haz un esfuerzo, piensa con lógica, no te asustes que eres una mujer fuerte y madura, eso es que han llamado a embarcar, pregunta y haz que te lleven al avión. Otro fracaso: no solo nadie me aclaró qué había pasado “con el grupo de Barcelona”, (*“where is the spanish group”*) sino que la policía empezó a mirarme mal y a contestarme asperezas, que eso se nota aunque no entiendas el idioma. Me sumí en una tristeza profunda que me impedía buscar soluciones. Sí, claro, se me ocurrió mirar en los lavabos pero deseché la idea por imposible. Mujer, pero, ¿cómo se van a ir todos, de golpe, a los servicios? Pues sí, de allí salieron poco después, cuando yo estaba a punto de echarme a llorar. Se habían reunido para repartir agradecimientos.

En fin, que, con esta miscelánea, yo también pretendo repartir agradecimientos y rogar a mis amigos del Seminari Permanent que sigan teniendo paciencia con esta hija adoptada que soy yo. ¡Hasta la próxima!

Mataró, 16 de septiembre de 2011

Isabel Tirado